

¡Mira, una librería!

Maite PASCUAL BONIS*

Mi relación con las librerías debió empezar cuando la lectura dejó de ser un misterio para mí. De esto se encargaron mis dos hermanos mayores que decidieron jugar a ser maestros, como nuestros padres, y volcaron toda su acción lúdica en su favorita y única alumna: su hermana, es decir, yo.

Mi abuela solía contar que, apenas yo levantaba dos palmos del suelo, me encontró leyendo en voz alta un tebeo, señalando muy seriamente, con el dedo, cada sílaba que caía rendida a mi voz. Parece, si mi memoria no me engaña, que leía: *Do-ña-Ta-de-a...*

Martina, mi abuela, dijo aquello de: —¡Oye, que la chica sabe leer!—, ante el oído incrédulo de mi madre que vino a experimentar aquella afirmación. Debió ser cierta y así empezó mi relación de amor con los libros. Relación que nunca ha terminado y que me ha llevado a visitarlos en sus casas en los diferentes lugares que he ido visitando. No es que yo busque librerías, es que generalmente salen a mi encuentro y casualmente suelen estar por donde yo paso. ¿Por qué será esa coincidencia?

Recuerdo de mi niñez los cuentos tradicionales, contados por mi madre, en castellano, catalán o francés, el *tebeo* (de la T de la B y de la O), las novelas de amor *Azucena*, la papelería *Durán* y sobre todo la librería *Royo* de Tudela donde proliferaban todas esas letras juntas, con los dibujos y las diversas publicaciones de recortables como las *mariquitas* (muñecas de papel con una serie de vestidos), cromos y otros elementos de papel que alimentaban mi imaginación; así como los cuentos infantiles, que tan bien contaban en la radio, cuentos que me sabía de memoria con todas las voces incorporadas, y que repetía en las horas de infatigable y divertidísimo juego en la calle, con un montón de amigos.

Avanzando en edad, empecé a buscar otros libros, llegando a mis manos la colección Escélicer de novelas, muy ejemplares, pero que han dejado un grato recuerdo en mi memoria *La caseta de la playa*, *Buscando su vida*, *Corazón de cristal*, a la vez, releía los tomos de cuentos de los hermanos Grimm, los de Andersen, *El viaje a la luna* de Julio Verne y otros. Más tarde llegaría Mauriac, Steinbeck, Pío Baroja, Chesterton, Bernanos, Papini, Sánchez Ferlosio, Unamuno y un largo etc. al que podíamos acceder con muchas limitaciones en la España franquista, de poco grata memoria. Uno de los peores males que pueden tener los libros y sus lugares de descanso son las dictaduras, donde lo primero que se ataca es la libertad de expresión, las palabras y sus frases hiladas entre páginas que se intentan borrar con el fuego o las

135

* Autora de *Teatros y vida teatral en Tudela, 1563-1750: estudio y documentos*

prohibiciones. Pero la vida de un libro es dura y fuerte como muchas de sus tapas y no es fácil terminar con ella.

Tendría que hablar de la librería Pórtico y la librería General de Zaragoza, el descubrimiento de Sartre y Camus, hechos todos que me harían visitar con más frecuencia esos estantes ordenados donde bailan letras grandes y pequeñas, de gran formato y de pequeño, pequeñísimo formato con variados colores e ilustraciones.

Poco a poco, las librerías se fueron transformando en santuarios donde podía descubrir grandes tesoros, para mis estudios, mis clases y para mi disfrute personal. Mi entrada en ellas suponía perder la noción de tiempo e investigar y descubrir, cual detective, aquel libro que de pronto me atraía y que pasaba a ser absolutamente necesario para mi vida. Estaba claro que los libros ejercían un extraño poder sobre mí, me resultaba y me sigue resultando muy difícil no caer rendida a sus encantos.

Las casas de los libros desde siempre, tienen para mí algo de mágico, de misterioso, de lugar que encierra, si no toda la sabiduría, sí un gran porcentaje de la misma. Me fui convirtiendo a la fe de que “todo está en los libros”, pero nunca en uno sólo, sino, afortunadamente, muy repartido, en unos encuentras una opinión, en otros la contraria, en unos un aspecto de la vida, en otros otra y así sucesivamente, por lo que necesitas muchos para acercarte a una mínima parte del saber y del disfrute. Para mi personal placer, además, siempre hay libros nuevos, algunos incluso sabes que existen pero se resisten a dejarse ver, son los inencontrables, a los que he tenido que seguir su rastro utilizando mi olfato como si fuera un sabueso cualquiera...

136

Mi afición continuó al otro lado del Atlántico ¿Cómo olvidar la librería Logos de Maracaibo? Donde había libros para introducirte tanto en el mundo de la semiótica como en el de la antropología, la economía, el marxismo, la psicocrítica, la literatura, la lingüística, la política latinoamericana de la América del Che Guevara, de Pablo Freire, de Augusto Boal, de Salvador Allende, de Enrique Buenaventura, de José Ignacio Cabrujas, de la teología de la Liberación...

Y sobre todo “El banco del Libro”, allá en el reconvertido antiguo mercado Baralt de la Maracaibo Colonial. Esa librería en la que entrábamos mis hijas y yo para soñar un rato, buscando esas ediciones tan bellas y sugerentes para niños y grandes de *El banco del libro*, *Ekaré*, *María di Masse*, donde se recogía el mundo multicultural de la América Latina y donde encontramos aquella preciosa edición, con dibujos en blanco y negro, del poema de Rubén Darío: *Margarita está linda la mar*, poema y libro que siempre han acompañado a mis hijas, y las aventuras de tío tigre y tío conejo, los cuentos y poemas de Aquiles Nazoa... y un largo etcétera, en aquellas horas en que las tres disfrutábamos de los libros y de la señora que nos atendía con un gusto y un placer que nos solía transmitir.

Y es que esa es otra parte fundamental de las librerías, los libreros, esos seres especiales que realmente aman su profesión y la disfrutan. Siempre acabo teniendo una relación muy interesante con ellos, intercambiamos opiniones, nos sugerimos libros. Los recuerdo como personas que también poseían secretos, magias y que muchas veces me hacían confidente de esos

hallazgos que habían hecho en un libro, en una editorial, en una línea de un texto... Era y es un espacio único de comunicación, de intereses comunes que poco a poco se abren hacia la familia, tu profesión y tu vida... Todo, entre libro y libro, autor y autor.

Para mí tienen un significado especial las librerías que visitaba entre viaje y viaje de un lado al otro del Atlántico. De allí traía libros, aquí desconocidos y de aquí llevaba otros, también desconocidos allá. Se daba un intercambio, una comunicación muy fructífera y especial. Recuerdo mis horas pasadas en la librería *El Parnasillo* departiendo con Javier del aquí y el allá.

Otras veces, prefiero entrar en una librería como si nadie existiera y lo que me interesa es que me dejen sola, descubriendo lo que creo que voy buscando pero que al final no siempre coincide con lo que acabo encontrando. Así, recuerdo una librería en la Plaza de Miranda de Ebro, allá por 1985, en la que entré, como siempre, por casualidad, y, de pronto, encontré todos aquellos libros de los años 60 y 70 que en España habían estado prohibidos, pedagogía de Suchodolski, los libros de Educación Sexual de W. Reich, libros de Engels, cuentos infantiles, llamados *underground*, como las historias de Bombilla de la Editorial Lumen, libros de la Editorial Venezolana Monte Avila, en fin, auténticos tesoros ya descatalogados e inencontrables. Mi emoción fue grande, recuperé, por muy poco precio, algunos libros que habían estado conmigo pero que, por azares del destino, había tenido que abandonar y quedé con el librero en volver al día siguiente pues me dijo tenía más cosas que ya nadie quería. Volví al día siguiente, pero el librero debía seguir unas costumbres especiales, como pasa con algunos libros, y los vecinos me comentaron que nunca se sabía ni el día ni la hora en que esa librería se abría... Me quedé con las ganas de encontrar nuevos tesoros y con la esperanza de volver un día a Miranda de Ebro.

137

Mi pasión por el teatro me ha llevado a frecuentar librerías especializadas como *La Avispa*, la tristemente desaparecida *El corral de Almagro*, *la Millá* pero sobre todo ha sido fuera de España, ya que la edición teatral en España es tan escasa, donde he encontrado mayor satisfacción. Así recuerdo mis visitas y las horas pasadas en *L'Age d'Homme* de Lausana, *Le Coup du Papier*, la *Librairie Théâtrale de París*, y en la librería del *Tropen Museum* de Ámsterdam, librería que tiene documentación teatral de los teatros no occidentales, de su música y de sus diversas manifestaciones. Allí encuentro libros y materiales que me prestan una gran ayuda para mi labor docente.

Sigo manteniendo, ante cualquiera de esos lugares de descanso, esa ilusión por encontrar algo que me ayudará a entender mejor este mundo a veces tan incomprensible, el deseo de que por fin habrá un libro que pondrá algo más de luz a mi vida y que seguro me lleva a no pararme y a seguir buscando en otra librería, en otro libro, otra gotita de sabiduría.

Ahora mantengo esa misma sensación en las librerías y bibliotecas virtuales, que también son como rutas, caminos que me siguen dando pistas para seguir buscando y encontrando esa luz que hoy más que nunca necesito... sobre todo cuando E. Said acaba de fallecer... Un hombre, un escritor palestino, especialista en literatura comparada, que hace años iluminaba mi mente y era una especie de referencia obligada para entender ese incomprensible problema entre palestinos e israelitas, y el terrible problema del rechazo al otro. Sus artículos eran un

pequeño faro en la distancia y la selva política, dirigida por Bush que quiere simplificar las cosas señalando el eje del bien y el del mal creyéndose un nuevo Dios.

En fin... lo confieso: no puedo vivir sin letras impresas, sin libros virtuales o no virtuales...

Amigos escritores, seguís siendo necesarios en esta república, como diría Cervantes o Platón... continuad cogiendo el lápiz, la pluma, el rotulador, el boli, el teclado o el programa de voz para dictarle al ordenador, cualquier cosa menos quedaros callados. Gracias a todos.